

REDACCIÓN

Y

ADMINISTRACIÓN

Calle de la Cava, número 17

DIRECTOR: José Frías Campoy

LA LUCHA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Precio de suscripción

Lorca, mes. 50 cts. de pesetas.

Fuera, trimestre. 175 pesetas.

PAGO ANTICIPADO

LO QUE VA DE AYER A HOY

¡COMO CAMBIAN LOS TIEMPOS!

Recorte de "La Lluvia," del 29 de junio de 1915.

Hasta ahora habíamos observado que, en los pueblos españoles, salvando contadísimos y solemnes acontecimientos oficiales — las visitas regias por ejemplo — únicamente producía afluencia de forasteros y animación expectante, el anuncio de una corrida de toros. En Cartagena, el día 12 vimos circular por la calle Mayor, bajo los toldos que protegían del sol mediterráneo, entre las fachadas de los cafés y de los casinos guarnecidas de observadoras runflas de poltronas, de juncos esmaltado y sillas de madera, una concurrencia heterogénea y endomingada, compuesta de hombres de toda la provincia. Igualmente que si ¡aquella tarde fuese a torear Juan Balmonte en competencia de Joselito. No cabe otra comparación tratándose de nuestro país.

¿Qué ocurría en Cartagena? Iba a hablar Rodríguez Valdés aquella noche.

Mientras que en los corros se comentaban ciertas ideas y frases sugeridas por el cerebro y manadas de los labios del gran tribuno y que revelaron sus oraciones memoratísimas, como las amatistas y los brillantes realzan y ornan los pectorales cardenalicios; en tanto que de algunos labios, entre censuras para los que aprisionan al águila entre barrotes caciquiles, cadenas oligárquicas y cepos de envidia, salían reproches amables para el tenido por irresoluto, cual si permaneciese suspenso en mitad de su carrera triunfal, por virtud del abrazo deleitoso y adormecedor de aplausos unánimes, igual que Arníbal enervado en Capua por efecto de los contactos afrodisíacos de las hetarias de Malta y las libaciones de la sangre alcohólica, de Palermo y de Chipre; a la vez que la multitud rumorosa caminaba o departía; nosotros interpretábamos, seguros de la justicia del razonamiento, esa inercia aparente de Rodríguez Valdés. Junto a él, su frente sabía como el yelmo Minerva, y en sus ojos proféticos, percibíamos las palpitations leves, pero constantes, de una voluntad que vá laborando la orfebrería de una aspiración, al empleo del exquisito procedimiento que Benvenuto empleara para fabricar sus joyeles, notábamos el avance de unos pensamientos sutilísimos y agudos que ahondan en lo porvenir, con la persistencia suave de los labios piadosos que horadan el berroqueño Pilar de Zaragoza a besos reverentes, y digimos:

Pronto, las flores de la esperanza darán el fruto del triunfo perenne.

Rodríguez Valdés, intimamente, hace suyo el aforismo de Esquilo: «¡El tiempo y yo contra todos!». Y ya falta poco para que suene la hora histórica de sus nobles reivindicaciones.

Las multitudes, más que los grupos aristocráticos, revelan con sus procedimientos y sus actuaciones el nivel cultural de un pueblo, como los sementeros de cereales denuncian, mejor que los macizos de flores, la feracidad de un terreno. Porque un jardín reducido, puede cultivarse en medio de una estepa, y un cenáculo de refinados eruditos puede vivir envuelto en aduares. Pero esas floraciones resaltan de la aridez del terreno en que germinan o de la barbarie humana en que se desenvuelven, denunciando que son producto exótico.

Cartagena es una ciudad adelantada. Sin contar con que allí se desarrollan núcleos intelectuales de todos los aspectos, con una profusión y reciedumbre que hablan muy alto de la grandeza mental de España, la masa ciudadana cartagenera demostró la noche del pasado día 12 que se interesa por los acontecimientos de arte esquisito, y que está capacitada para asistir a ellos.

Para una fiesta de Juegos Florales, o sea una sumisión a la poesía, un homenaje a la belleza femenil, un tributo a la oratoria, el Teatro Circo estaba rebosante, como rebosaban en Grecia los estadios en los Juegos Olímpicos, como rebosaban en Roma los coliseos al anuncio de las tragedias, como rebosan en España las plazas de toros y en Francia los hipódromos. Y, nosotros, cuando nos encaminábamos al teatro, oíamos la protesta de mucha gente que se lamentaba de no haber conseguido localidad o entrada para asistir al acto que iba a celebrarse en él ¡Nuestra admiración para Cartagena!

Es verdad que la Cruz Roja había preparado un acontecimiento de tan subida grandeza que, honrando a España, daba prestigio a la asociación que lo organizara.

¡Majestad soberana, que haces se humillen las cervices, que palpiten los corazones y se incendien los cerebros de las realezas! ¡majestad soberana, que al solo poder de tí misma, ceñiste coronas

impérial y empuñaste cetros despóticos! ¡majestad soberana, que has abati-do tiranías y has alzado altares de justicia! ¡majestad soberana, que has inspirado idilios de ternura inefable y has producido fratricidios! ¡majestad soberana, que al solo efecto de tu mirada se estremecieron los ejércitos asolando la tierra! ¡majestad soberana, que fuiste inspiradora de toda creación sublime, que fuiste Judit, María, Beatrice y Juana de Arco! ¡Musa de poetas, divisa de caballeros, norte de navegantes que descubrieron mundos, fuerza creadora de inventores! ¡belleza femenil que a tu influjo se mueve y se vivifica todo lo espiritual, como a influjo del calor del sol pulula y fructifica todo lo terráqueo, tu ocupaste el trono en los Juegos Florales de Cartagena!

Y, por una coincidencia feliz del Destino, en ese acto, representando a la soberanía real, imperaba la hermosura femenil en una juventud privilegiada que merecía para sí propia una corona regia, por derecho divino de estética.

Vimos avanzar aquella reina blanca y dorada como una azucena, rememorando las creaciones de Sackespeare: Ofe- lia, Julieta...

La contemplamos luego ocupando un pináculo de siemprevivas, en cuyo torno, como lises, claveles y nardos en derredor de un jazminero florido, lucía una Corte de Amor que honrara a la propia Clemencia Isaura, la patricia lemosina, que resembró la simiente de los Juegos Florales, segada, a la vez que la heregia albigense, por la espada fanática de Simón de Monfort.

Comenzó la fiesta.

¡Llegó su turno al mantenedor!

Un orador sagrado que concentra bajo su púlpito una grey humilde, recogida, homogénea, alentada por el mismo convencimiento religioso, dispuesta de antemano a sollozar o a entusias-marse y, desde luego, a no disentir de las palabras y de los conceptos que sobre ella vierte, el ministro que lanza la plática, no tiene por qué templar su oratoria para halagar al réprobo o al impío que le escucha. Un letrado al que le pagan una defensa, y se pone la toga y per- rora para conseguir una sentencia favorable a los intereses que representa, no se preocupa en agradar a los que no están conformes con su modo de ver las

cosas, porque sabe que ese mismo dis- sentimiento lo produce en servicio de su cliente. Un propagandista político cumple su misión exacerbando los sen- timientos partidarios de los suyos, a trueque de flagelar las opiniones de sus enemigos. Un parlamentario al exponer su criterio en una cuestión de Estado, que se debate, no puede en modo alguno considerarse fracasado porque una Cámara no lo siga unánimemente; cuenta al levantarse a hablar con que si insiste con energía en sus apreciaciones de criterio y de bandería, ha de produ- cir tempestades de protestas.

La oratoria es voz de pasión, es fragor de lucha, y cuanto más apropiado sea el acto para acentuar la tendencia, más fácil es la situación del orador.

Por eso, el ser Mantenedor en unos Juegos Florales, es el trance más arduo en que puede encontrarse el hombre que se dedica a dirigir la palabra a los públicos.

Generalmente, esa clase de fiestas son organizadas por asociaciones benéficas, por centros de cultura, por los Ayunta- mientos y Diputaciones provinciales, por entidades, en fin, de constitución heterogénea, y para recaudar fondos con destino a crear o favorecer organ-ismos provechosos, con el concurso de elementos de las más opuestas tenden- cias ideológicas y de todas las clases so- ciales, concurrentes al acto.

Militares, aristócratas, sacerdotes, obreros, intelectuales, ignorantes, reac- cionarios, demócratas, hombres, mu- jeres...

¿Quién puede dejar complacido con el mismo discurso — expresión de ideas y de tendencias — a todo ese auditorio?

Eso sin contar que una gran parte del público de tales solemnidades lo forman señoritas que flirtean con los novios, de butacas a palcos, en espera del ansiado baile de sociedad, epílogo obligado de unos Juegos Florales.

¿Quién es capaz de concentrar en el mismo plano de atención tantos cerebros seductoramente volubles, por ende pre- ocupados con unos pensamientos as- cendidos del corazón?

Y para conseguir ese objeto, un Man- tener de Juegos Florales no puede en modo alguno apelar a pintorescas y gá- rrulas vocalizaciones que produzcan los efectos de un wals vienés, porque en- tonces defrauda las aspiraciones de sus